

# *Collingwood y el constructivismo histórico\**

Rosa BELVEDRESI  
(UBA-CONICET)

## **1. Introducción**

En general se coincide en que el desarrollo intelectual de Collingwood podría dividirse en diversas etapas o momentos, las propuestas varían según cuál sea el aspecto de su filosofía que se considere pero si se tiene especialmente en cuenta la actitud de Collingwood frente a la historia pueden distinguirse entre los intérpretes dos posiciones básicas: la de quienes entienden que sus ideas sufrieron un cambio fundamental desde el realismo al anti-realismo; y aquellos para los que las modificaciones posteriores no son más que una profundización de tesis que ya habían sido insinuadas antes en cuyo caso los cambios, entonces, son más bien transiciones que rupturas fundamentales.

N. Rotenstreich, entre quienes siguen la primera línea de interpretación, sostiene que Collingwood en su primera época asume que entre la actitud histórica y el realismo filosófico se da una relación interna, "ésta es una de las características más remarcables en el desarrollo completo de Collingwood: la historia se piensa conectada con el realismo epistemológico, ya que la historia descansa en la misma aserción de hechos dados. Es precisamente aquí que

\* Este trabajo forma parte del informe de beca presentado al CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina) en octubre de 1994.

el cambio fundamental ocurrió en la última etapa de su pensamiento”<sup>1</sup>. En esta misma línea puede ubicarse W.J. van der Dussen para quien el ensayo “The Limits of Historical Knowledge” (1928) señala precisamente la ruptura entre los períodos realista y no-realista, “Collingwood da aquí un paso importante para apartar todo realismo en relación a nuestro conocimiento del pasado [...] hasta entonces él mismo había adoptado una actitud realista con respecto al conocimiento histórico. En “The Limits of Historical Knowledge”, sin embargo, es claro en su rechazo a ella”<sup>2</sup>, y agrega “es sorprendente que los intérpretes del desarrollo de Collingwood hayan difícilmente notado *esta clara línea divisoria*” (*Ibid.*, p. 34, cursivas mías).

En la segunda posición, podemos ubicar a W. Debbins quien, en la introducción a su edición de *Essays in the Philosophy of History* sostiene: “desde los primeros ensayos hasta las últimas obras no hay un cambio significativo en la concepción de Collingwood acerca de la historia o de la filosofía de la historia. Quiero decir, simplemente, que no hay nada en los primeros ensayos que sea inconsistente con lo que dice Collingwood acerca de la historia o la filosofía de la historia en las últimas obras. Lo que encontramos en los ensayos son las nociones germinales que iba luego a desarrollar en *The Idea of History* y *An Autobiography*<sup>3</sup>. Para E. Harris estos ensayos arrojan luz sobre el desarrollo del pensamiento de Collingwood ya que “algunas de las doctrinas que luego serán desarrolladas más completamente aparecen aquí, frecuentemente en forma embrional, aunque no completamente analizadas, y a veces aparentemente incompatibles unas con otras”<sup>4</sup>. En una línea similar, puede leerse en González del Tejo: “las argumentaciones que Collingwood desarrolla en sus numerosos escritos van siempre en un mismo sentido, guardando entre ellas una total coherencia”<sup>5</sup>, cuando se consigue reconstruir la obra de Collingwood “se comprueba que tras ese *mare magnum* de ideas y argumentaciones se esconde una compleja, coherente y minuciosamente elaborada filosofía de la historia” (*Ibid.*, p. 213).

<sup>1</sup> Rotenstreich, N., “From Facts to Thoughts, Collingwood’s Views on the Nature of History” (*Philosophy*, 35, 1960, pp. 122-137), p. 125.

<sup>2</sup> van der Dussen, W.J., *History as a Science: The Philosophy of R.G. Collingwood*, (The Hague, Nijhoff, 1981), p.33.

<sup>3</sup> Debbins, W., *Introduction, Essays in the Philosophy of History*, pp. XXXI-XXXII (p. 34 de la ed. española). Los ensayos editados corresponden al período 1920-1930.

<sup>4</sup> Harris, E., reseña de *Essays in the Philosophy of History*, (*History and Theory*, 5, 1966, pp.202-206), p.202.

<sup>5</sup> González del Tejo, C., *La presencia del pasado. Introducción a la filosofía de la historia de Collingwood*, (Oviedo, Pentalfa, 1990), p. 119.

En este trabajo trataré de mostrar que existe en la obra de Collingwood una unidad si se considera su concepción de la historia y, si bien no creo que algunos cambios en su desarrollo puedan obviarse, me inclino por una lectura que tienda a verlos como modificaciones en sus tesis que, vistas diacrónicamente, permiten reconocer cierta continuidad. De otro modo, si los cambios se identificaran con el establecimiento de líneas divisorias más o menos profundas, sería difícil evitar la impresión de un pensamiento fragmentado en el que ningún puente pudiera tenderse de un período a otro. Asumo que esta unidad es un presupuesto hermenéutico que debe enfrentarse con la dificultad de poder dar cuenta de las diversas opiniones de Collingwood a lo largo de su obra.

Aun cuando sea poco probable que pueda encontrarse en su filosofía de la historia un sistema coherente (en sentido fuerte), tampoco es admisible postular posiciones absolutamente distintas. Comparto, entonces, la posición de Mink para quien esta unidad significa, inicialmente, la posibilidad de leer las tesis contenidas en cada libro a la luz de los otros. Lo que me propongo, entonces, es criticar la interpretación realista de los primeros escritos de Collingwood oponiendo una lectura constructivista que muestre la continuidad teórica entre esos textos y los posteriores, y a la vez intento una defensa del constructivismo histórico de Collingwood frente a las críticas relativistas o escépticas.

## 2. La etapa “realista”\*

Para muchos de los intérpretes, Collingwood habría sostenido una concepción realista de la historia en su primera época, se aducen como prueba de ello fragmentos de *Religion and Philosophy* (1916), *Speculum Mentis* y “The Nature and Aims of a Philosophy of History” (ambos de 1924). Las expresiones “realismo”, “anti-realismo”, “idealismo”, no son unívocas y, al menos en el caso de Collingwood, no parece sencillo poder etiquetar con alguna de ellas a sus ideas en momentos diferentes<sup>6</sup>. Las definiciones de la historia que

\* Los textos de Collingwood se citan según su original en inglés, en los casos de disponer de traducción española se indica, a continuación del número de página correspondiente a la edición inglesa, la paginación de la edición española; para las referencias y la nomenclatura con que se citan véase la lista agregada al final.

<sup>6</sup> Así, por ejemplo, en su artículo “Collingwood” en *The Encyclopedia of Philosophy*

Collingwood da en estos trabajos tienen efectivamente diferencias con las que aparecen posteriormente, pero también puede verse que hay diferencias si se comparan estos trabajos entre sí. Creo que estas diferencias deben verse más bien como matices más o menos acentuados según cuál sea el aspecto de la historia bajo análisis.

*Speculum Mentis* es un libro de obvias reminiscencias hegelianas<sup>7</sup>. En él se propone la “construcción de un mapa del conocimiento” en el que se distinguirán cinco “provincias”, o “formas de experiencia”: arte, religión, ciencia, historia y filosofía; todas las cuales tienen pretensión de verdad por lo que cada una afirma para sí esta pretensión y la niega para las restantes. Estas formas de experiencia no son especies de un género ya que cada una niega a las otras y (...) no tienen esa indiferencia en cuanto a considerar una u otra que caracteriza a las clasificaciones lógicas abstractas. Deben formar un orden de algún tipo” (*SM*, p.55), ese orden sería el de una serie dialéctica, ya que cada forma de experiencia contiene implícitamente a su sucesora, y esta presencia implícita de una en otra genera en la fase previa una contradicción fatal que, por un lado, muestra su inconsistencia, y por el otro, permite pasar a la fase siguiente al hacer explícito lo que estaba implícito: “es la propia esencia de un desarrollo dialéctico el que cada fase en él contendría implícitamente la siguiente, y es esta presencia implícita de elementos que están (...) sumergidos en la inmediatez de una fase particular, lo que hace necesario el colapso de esa fase. Cada fase de experiencia está implícita en su predecesora” (*SM*, p.164)<sup>8</sup>. Es este movimiento dialéctico de hacer explícito lo implícito y de resolver en una fase ulterior lo que era contradictorio en la anterior

(Mcmillan, 1967, pp.140-144), Donagan dice: “en general, la obra filosófica de Collingwood se desarrolla en tres períodos: (1) 1912-1927: la aceptación del idealismo; (2) 1927-1937: su filosofía madura de las ciencias especiales concebida como descansando sobre un fundamento idealista, y (3) 1937-1943: su rechazo del idealismo”, p. 41. Recuérdese que *Speculum Mentis* y *The Idea of History* corresponden, según esta clasificación, a los dos primeros períodos “idealistas”. Para Mink, “es inútil preguntarse si Collingwood fue, al menos en intención, un ‘realista’ o un ‘idealista’”; véase su *Mind, History and Dialectic: The Philosophy of R.G. Collingwood*, (Bloomington, Indiana University Press, 1969), p. 16.

<sup>7</sup> Como se verá, más bien lo que se nota es la influencia de Croce. Croce y Collingwood mantuvieron un contacto fluido, véase el apéndice III de libro de Donagan, *The Later Philosophy of R.G. Collingwood* (Oxford, Clarendon Press, 1962) que reproduce algunas cartas. Collingwood además tradujo de Croce: *The Philosophy of Giambattista Vico* (1913), *An Autobiography* (1927) y el artículo “Aesthetic” en *The Encyclopaedia Britannica* (1928).

<sup>8</sup> El concepto de “serie dialéctica” tiene algunas similitudes con el de “escala de formas” que aparecerá luego en *An Essay on Philosophical Method* (1933).

lo que permite pasar de una forma de experiencia a otra, desde el arte a la filosofía, ya que la inconsistencia de una de las formas la enfrenta a volver a confundirse con la anterior o — al resolverla — transformarse en la siguiente. El arte, la religión, la ciencia y la historia son “errores filosóficos” (*SM*, p. 252), es decir, errores que contienen parte de verdad y son, por ello, formas implícitamente filosóficas. La filosofía, como la forma superior de experiencia, es autoconciencia, ya que “en la filosofía, sujeto y objeto se identifican” (*SM*, p. 249).

En este “mapa” la historia es la forma de experiencia que sucede a la ciencia; lo que esto quiere decir es que la historia estaba implícita en la ciencia y se explicita al reconocer ésta su propia inconsistencia. Lo que define a la ciencia es ser pensamiento abstracto: “es la afirmación del concepto abstracto o clasificatorio como real” (*SM*, p. 163). El error de la ciencia consiste en su afán clasificatorio que toma por separado lo que sólo es distinto, y así enfrenta el universal y el particular, cuando no son más que elementos distintos de un todo indivisible: el individual (*SM*, p. 180). La ciencia es hipotética: “no afirma nunca que *S* es *P*, sino que si hubiese un *S* sería *P*” (*SM*, p. 183). Pero, si es hipotética, no puede ser autónoma puesto que una hipótesis como tal se refiere a algo más allá de sí misma, a algo no hipotético: “cualquier hipótesis presupone al menos un hecho, esto es, nuestra propia libertad y competencia para inventar hipótesis en general” (*SM*, p. 184). Al formular hipótesis, no suponemos que lo hacemos, sabemos que lo hacemos; “esta base concreta de toda abstracción científica es algo que la ciencia misma nunca puede atrapar, el hecho individual e histórico” (*SM*, p. 185). Así, la ciencia se vuelve inconsistente al apuntar a algo que no puede comprender, y la historia resuelve la cuestión que la ciencia plantea pero no responde (*SM*, p. 193)<sup>9</sup>.

La historia “de los historiadores” no aparece sino hasta el siglo XVIII y alcanza su mayor desarrollo durante el siglo XIX, pero como forma de experiencia, es decir como “conciencia histórica”, está presente desde siempre, “el objeto de la historia es el hecho como tal”, “sólo cuando el concepto de hecho se ha vuelto explícito podemos poner fin a estas formas erróneas y alcanzar, por primera vez, la historia de los historiadores” (*SM*, p. 216). En la medida en que la historia es un estadio superador de la ciencia, el “hecho histórico” será distinto al “hecho científico”; “el ‘hecho científico’ [...] es un

<sup>9</sup> La distinción entre juicios hipotéticos (científicos) y categóricos (históricos) aparece en Croce, véase su *Teoria e storia della storiografia* (Bari, Laterza, 1927).

hecho que ha sido transformado de un individual en un particular. Los hechos con los que la ciencia empírica se involucra son hechos así des-individualizados, de-factualizados, y esto es lo que distingue el sentido en que aún la ciencia más empírica usa la palabra 'hecho' del sentido que tiene en historia" (*SM*, p. 186). Y, "el hecho, en cuanto históricamente determinado, es el objeto absoluto. La marca del objeto absoluto es la individualidad, puesto que la individualidad es su ser concreto" (*SM*, p. 218). El pensamiento concreto une lo que la abstracción separa (y, por tanto falsea); el individual del que se ocupa la historia no es sino un universal concreto, la unidad de universal y particular (*SM*, p. 220-1). En un ensayo de 1922, "Are History and Science Different Kinds of Knowledge?", Collingwood había definido el fin supremo de la historia como "la determinación o interpretación del hecho individual" (p. 31/p. 72); y en "The Nature and Aims of a Philosophy of History" leemos: "el pensamiento histórico es una más de entre una serie de actitudes adoptadas por el espíritu frente al mundo objetivo; es una actitud que asume que existe un mundo de hechos — no de leyes generales sino de hechos individuales — independientes de ser conocidos, y que es posible si no descubrir completamente esos hechos, al menos descubrirlos en parte y en forma aproximada" (p. 44/p. 86). A partir de estas y otras afirmaciones similares<sup>10</sup> ¿puede concluirse que estamos frente a un Collingwood realista?. Recuérdese que Collingwood entiende por "realismo" a una doctrina filosófica según la cual "el conocer no supone diferencia para lo conocido"<sup>11</sup>, ¿está sosteniendo en estos trabajos una tesis semejante?.

Antes de dar una respuesta a esta cuestión, me detengo brevemente a considerar qué definición de la historia, como ciencia, es la que aparece hasta ahora. Lo que claramente no encontramos todavía es la caracterización de la historia como especialmente ocupada en los asuntos humanos, en cambio lo que se acentúa es la individualidad de su objeto; y salvo en uno de ellos (*The Nature and Aims of a Philosophy of History*) no se encuentra tampoco una conceptualización de los hechos históricos como hechos pasados sólo cognoscibles a partir de las pruebas presentes. El objeto de la historia es el hecho individual, no los "actos humanos realizados en el pasado" (como dirá en *The Idea of History*)<sup>12</sup>. Esta definición de la historia apunta, a mi entender, a dife-

<sup>10</sup> Así, en *Religion and Philosophy* (1916): "(el hecho) es algo independiente del conocimiento mío o tuyo de él" (p. 49), o en *Speculum Mentis*: "un historiador debe establecer los hechos como sucedieron" (p. 216), y, "el asunto del historiador es el hecho" (p. 217).

<sup>11</sup> Véase *Speculum Mentis*, p. 283, y *An Autobiography*, p. 43/p. 51.

<sup>12</sup> Si bien en *Speculum Mentis*, p.217, aclara que los hechos de la historia no son futuros

renciarla de la ciencia; por un lado, porque no es conocimiento hipotético: “el juicio de la ciencia es siempre hipotético: ‘si *A*, luego *B*’” (*NAPH*, p. 46/p. 87; *SM*, p. 183), pero “el juicio de la historia es el hecho en toda su realidad, y por consiguiente el juicio histórico es categórico” (*NAPH*, p. 46/p. 88). Por otro lado, porque ningún lugar hay en la historia para las leyes generales que constituyen la esencia misma de la ciencia, los hechos históricos valen por sí mismos y no como meras ejemplificaciones de una ley universal, quien pretenda descubrir leyes generales que gobiernen el curso de la historia “ignora justamente lo que más fundamentalmente caracteriza a la historia, a saber, su individualidad; trata a los hechos, que en realidad son únicos, como si fueran meras repeticiones de un principio” (*NAPH*, p. 35/p. 76)<sup>13</sup>. Si se tiene esto en cuenta, la calificación de “realismo” puede ser discutida, la insistencia sobre los hechos no apuntaría a su carácter independiente del conocimiento del historiador sino a acentuar la actividad individualizadora de éste. En el siguiente apartado me ocuparé de la forma en que, según Collingwood, el historiador trata los hechos e intentaré mostrar las limitaciones (y falseamientos) que afectan a una lectura “realista” de sus escritos juveniles.

### 3. Crítica de la interpretación realista

En las citas anteriores parecía que Collingwood estaba asumiendo una definición realista de la historia en tanto ciencia del “hecho individual”. Ya en el ensayo de 1922 (“Are History and Science Different Kinds of Knowledge?”) el hecho individual no es de ningún modo independiente del conocimiento ya que un hecho individual es siempre “un hecho concreto erizado de interpretaciones conceptuales” (pp. 29-30/p. 70), no es una “piedra de toque” neutral contra la que juzgar la teoría: “el dato (puro particular) y el concepto (puro universal) son abstracciones falsas cuando se las considera separadamente, (...) aunque, en cuanto elementos en un objeto concreto de conocimiento el hecho individual interpretado — son susceptibles de ser distinguidos analíticamente” (p. 29/p. 69)<sup>14</sup>. En el contexto de *Speculum*

pues “no hay hechos futuros. El completo universo pasado y presente es el campo de la historia”.

<sup>13</sup> Por similares razones, Collingwood critica la teoría de los ciclos históricos, véase “Oswald Spencer and the Theory of Historical Cycles”, y “The Historical Cycles”, ambos de 1927, en *Essays in the Philosophy of History*.

<sup>14</sup> Por afirmaciones como éstas Collingwood ha sido considerado por S. Toulmin como el

*Mentis* la historia no es la forma de experiencia superior, por lo tanto es errónea, ¿en qué consiste su error?, ¿en qué consiste su inconsistencia implícita que al explicitarse la resuelve en filosofía?. En primer lugar, la historia se plantea como historia universal, ya que si las partes de la historia fueran tomos, sin ninguna referencia unas a otras ni a su contexto, estaríamos en el terreno de la ciencia, que es el reino de la división y de la abstracción, y que es la forma anterior a la historia, un error filosófico que se resuelve en la historia (*SM*, p. 234). Entonces, “la historia es el conocimiento de un todo infinito cuyas partes, que repiten el plan del todo en su estructura, son sólo conocidos por referencia a su contexto. Pero, puesto que este contexto es siempre incompleto, nunca podemos conocer una parte única como realmente es” (*SM*, p. 231); en conclusión, “la historia como forma de conocimiento no puede existir” (*SM*, p. 238; cursivas mías).

En segundo lugar, como conocimiento de hechos “tiene para sí que existe un mundo real independiente del espíritu que conoce, un mundo que sólo lo revela el pensamiento del historiador pero que éste no lo constituye de ningún modo” (*NAPH*, p. 46/p. 88). La historia, en tanto forma anterior a la filosofía, “es la coronación y la *reductio ad absurdum* de todo conocimiento considerado como conocimiento de una realidad objetiva independiente de la mente que conoce (...) el mundo es triunfalmente unificado como objeto, sólo para encontrarse separado de la mente por una distancia que ningún pensamiento puede atravesar” (*SM*, p. 238). Pero toda separación es una abstracción, y por lo tanto un resto de conciencia científica que pervive en la historia. Nuevamente, la historia retrocede hacia la ciencia. La solución a sus inconsistencias llegará con la filosofía, si bien el papel de la historia no es el mismo en todos estos textos, en cualquier caso la filosofía es siempre superior a la historia, y como tal, explicita los supuestos de la historia<sup>15</sup>.

La imposibilidad de la historia resultaba de su asumir como objeto un mundo real independiente no reconociendo que el mundo entero del hecho es tal que mi conocimiento de algo, en cuanto ese conocimiento es un hecho, se incluye en el mundo del hecho y entonces lo modifica “los hechos como los conozco son por este mismo conocimiento diferentes de los hechos mismos

antecesor de N. Hanson y P. Feyerabend; véase “Conceptual Change and the Problem of Relativity” (en Krausz, M, ed.: *Critical Essays on the Philosophy of R.G. Collingwood*, Oxford, Clarendon Press, 1972, pp. 201-221).

<sup>15</sup> Será posteriormente a *An Essay on Philosophical Method* que la historia pasará a ser la forma de experiencia privilegiada, en la que culminan las ciencias particulares y hasta la metafísica.



en cuanto no los conozco”; “el único objeto al menos del que puede decirse que su naturaleza es alterada al ser conocido [...] es la mente que conoce” (*SM*, p. 241), “el mundo del hecho que es explícitamente estudiado en la historia, implícitamente no es sino la mente misma que conoce” (*SM*, p. 245). La definición realista de la historia conduce a su colapso sólo superado cuando desde la filosofía se muestra que “el mundo del hecho” que la historia suponía real no es independiente del historiador; “[el filósofo] sabe lo que el historiador no sabe, que su propio conocimiento de los hechos es orgánico a los hechos mismos” (*SM*, p. 295). Más todavía, en *Speculum Mentis*, Collingwood rechaza el realismo histórico considerándolo una recaída en la abstracción de la ciencia puesto que supone separados (y mutuamente indiferentes) lo que sólo son elementos distinguibles (*SM*, pp. 282-283). ¿Por qué considerar a *Speculum Mentis* entonces como una obra “realista”?, las dificultades de tal análisis recorren el análisis que van der Dussen realiza del texto, a punto tal que debe reconocer: “es importante notar que Collingwood explícitamente renuncia al realismo; su discusión de la filosofía histórica hace esto claro (*SM*, pp. 281-287). Es también claro, sin embargo, que al mismo tiempo su concepción de la historia es una obviamente realista”<sup>16</sup>. Parece difícil admitir que Collingwood, él mismo un historiador, asumiera una definición de la historia que la volviese imposible y, a la vez, reconociera esa imposibilidad. Creo más adecuado afirmar que la definición realista de la historia es la que acriticamente asume el historiador pero no es la definición correcta, la que sólo puede formularse desde la filosofía; “la filosofía de la historia debe ser una discusión crítica de esta actitud [la actitud realista del historiador], de sus presupuestos y sus consecuencias” (*NAPH*, p. 44/p. 86); no debe asumir “una actitud dogmática que engulla por completo todo lo que considere —y acaso considere con error— que ha oído decir a los historiadores, sino un actitud crítica” (*NAPH*, p. 45/p. 87), y “el mundo del hecho que para la historia es un presupuesto externo de su pensamiento, se torna para la filosofía un mundo de perspectivas” (*NAPH*, p. 56/p. 98). Entonces, estas primeras obras pueden leerse como la discusión de las limitaciones de una concepción realista de la historia y no como su afirmación.

Debe admitirse que los textos no son lo bastante explícitos y que confunde el que el historiador acriticamente (no-filosóficamente) asuma una perspectiva realista que conduzca a la negación de la historia “de los historiadores”, debiéndose esperar a que la filosofía muestre la falsedad del supuesto

<sup>16</sup> van der Dussen, *History as a Science...*, p.27.

realista, luego de lo cual la historia, filosóficamente, debe definirse como el conocimiento de la mente (*SM*, p. 245, ya citado). Admitir, en cambio, una lectura realista, genera una dificultad seria: ¿cómo entender que Collingwood casi al mismo tiempo que está defendiendo a la historia como una forma de conocimiento legítima (me refiero a “Are History and Science Different Kinds of Knowledge?”, de 1922) afirme que la historia debe definirse al modo realista siendo, por lo tanto, una forma de conocimiento imposible (como lo sugiere la interpretación realista de *Speculum Mentis*, que fue escrito entre 1922 y 1923)? Si, como puede verse, la interpretación realista es discutible al generar problemas como el señalado, no parece justificado aceptarla, oscureciendo los elementos de un constructivismo histórico que, espero mostrarlo, ya se insinuaba.

Como comentario final respecto a estos textos señalo que forman parte de una estrategia común para conceptualizar la relación entre la historia y la ciencia a través del juego de pares de características específicas a cada una (aunque no contradictorias): generalización-individualización; abstracto-concreto; etc. En cambio, y a pesar de la afirmación de Debbins<sup>17</sup>, la relación entre la historia y la filosofía, no es exactamente la misma en todos ellos, ya que si bien la filosofía es siempre la forma superior de experiencia, mientras en “The Nature and Aims of a Philosophy of History” se encuentra una exposición de la función y naturaleza de la filosofía de la historia, nada de esto aparece en *Speculum Mentis* (sólo una forma dogmática de filosofía mencionada como “filosofía histórica”).

#### 4. El constructivismo histórico\*

Elijo la expresión “constructivismo histórico” para referirme a la posición de Collingwood porque me parece más adecuada en este contexto que las de “anti-realismo” o “no-realismo” que, en general, vienen acompañadas de presuposiciones que no son pertinentes a esta discusión<sup>18</sup>. El constructi-

<sup>17</sup> Acerca de que la concepción de Collingwood con respecto a la filosofía de la historia no sufrió modificaciones, véase pp. XXXII de su introducción ya citada.

\* La definición del constructivismo histórico aquí defendida fue incluida en la ponencia El relato acerca de nosotros mismos, leída en las *Primeras Jornadas de Filosofía del Comahue* (Neuquén, Argentina, septiembre de 1994).

<sup>18</sup> Las expresiones “anti-realismo” o “no-realismo” parecen suponer alguna forma de ficcionalización de la historia, y por tanto su confusión con otras formas de relato literario; espe-

vismo histórico es la posición según la cual “la historia es lo que la evidencia nos impone creer”<sup>19</sup>, hasta aquí no parece ser particularmente novedosa salvo porque generalmente incluye, además de este ingrediente metodológico, una tesis filosófica según la cual “lo que el historiador construye no es sólo una teoría o explicación de lo que ocurrió, sino los eventos mismos”<sup>20</sup>. Quiere decir esto que no existen eventos históricos independientemente de la tarea constitutiva del historiador, es decir, no son dados, lo dado es la evidencia, las pruebas, a partir de las cuales se conforma el evento a estudiar. Me voy a detener un poco en esto, en especial para considerar algunas objeciones que se podrían presentar luego de lo cual volveré al análisis de la tesis sostenida por Collingwood. Una primera objeción a la tesis constructivista podría decir algo como esto: “decir que los eventos se conforman a partir de la prueba disponible no tiene por qué implicar que se construyen, simplemente significa que se infieren, claramente, inferir no es lo mismo que construir (del mismo modo que inferir la existencia de los objetos teóricos de las ciencias naturales — por ejemplo, los electrones — no significa que se construyan)”. Conviene hacer una aclaración previa, los objetos teóricos de las ciencias naturales (o incluso los de las ciencias sociales) no son exactamente homologables al objeto teórico peculiar que es el pasado histórico, ya que mientras en el primer caso la existencia de esos objetos puede ser testeada indirectamente — si se asumen los presupuestos de la teoría —, no es posible testear la existencia de un evento histórico que es, en tanto ya sucedido, actualmente inexistente, a lo sumo lo que diríamos que se testea es la interpretación de la evidencia a partir de los supuestos de la teoría. En cuanto a la objeción, efectivamente, en general, inferir no es sinónimo de construir, pero, en el caso de la historia, inferir, por ejemplo, la existencia de una revuelta política a partir de ciertos registros escritos significa construir un objeto teórico que permita dar cuenta de la evidencia disponible con cierto grado de coherencia, el carácter construido del objeto se vuelve evidente cuando se discuten modelos alternativos, cuando nos preguntamos ¿si hablamos de revolución se entiende mejor la evidencia que si hablamos simplemente de revuelta?<sup>21</sup>.

ro probar que no es éste el caso de Collingwood, en la medida en que, como se verá, las construcciones imaginarias del historiador no son arbitrarias, a la vez que la existencia del pasado (en cuanto ya sucedido) funciona como un presupuesto en la tarea del historiador.

<sup>19</sup> Nowell-Smith, P.: “The Constructionist Theory of History” (*History and Theory*, Beiheft 16, 1977, pp. 1-28), p. 1.

<sup>20</sup> *Ibid.* p.5.

<sup>21</sup> Obviamente, la “revolución” ha sido el objeto paradigmático de las discusiones en

Una segunda objeción podría formularse así: “la tesis constructivista parece admisible para el caso de fenómenos históricos complejos que obligan a recurrir a conceptos de las teorías sociales, como es el caso de revueltas o revoluciones, pero es difícil de admitir en el caso de individuos. Si a partir de las pruebas disponibles, digamos su diario personal, inferimos la existencia de Simón Bolívar, no podría decirse que construimos a Simón Bolívar, puesto que él ha existido, independientemente de que hoy tengamos acceso a su diario”<sup>22</sup>. Cuando el constructivista dice que el historiador construye o constituye su objeto no está diciendo que crea un objeto que antes no existía (y que nunca existiría si él no lo inventase); no está diciendo que si no fuese porque el historiador tomó el diario personal de Simón Bolívar y lo consideró evidencia para afirmar su existencia, Simón Bolívar no hubiese existido. Lo que dice, menos pretensiosamente, es que el historiador construye un Simón Bolívar historiográfico al interpretar las pruebas de las que dispone como pertenecientes a un tal personaje. Este Simón Bolívar es construido porque es el resultado de la interpretación de la evidencia, es el objeto que el historiador postula para dar cuenta de ella y no hay otro Simón Bolívar más que el que resulta de la evidencia así interpretada; de ahí que las discusiones acerca de Simón Bolívar sean, en realidad, discusiones acerca de los modos alternativos de interpretar las pruebas. La tesis constructivista, entonces, hace hincapié en la evidencia y su interpretación; en este contexto una narración histórica es verdadera no porque se adecue a un hecho (es decir, lo describa correctamente), sino porque 1) da una interpretación coherente de la prueba disponible y 2) toma en consideración la evidencia considerada relevante por la comunidad científica de los historiadores.

Creo que elementos como los mencionados pueden encontrarse en los textos de Collingwood que he estado analizando por lo que debería reconocerse que aceptó una tesis constructivista desde sus comienzos aun cuando no fuera explícita y consistentemente formulada como en sus obras posteriores (particularmente en *The Idea of History* y *An Autobiography*).

Como lo muestran las referencias de “Are History and Science Different Kinds of Knowledge?” ya citadas, tan temprano como en 1922 Collingwood había reconocido la ineludibilidad de la interpretación en el proceso de conocimiento de los hechos; en igual sentido puede entenderse el intento de equi-

torno de una tesis constructivista.

<sup>22</sup> Este ejemplo me fue sugerido por el artículo de Nowell-Smith que menciona de modo similar a George Washington.

parar la historia a la percepción en “The Nature and Aims of a Philosophy of History”: “la única diferencia entre lo que de ordinario llamamos percepción y lo que ordinariamente llamamos pensamiento histórico es que la labor interpretativa que en la primera está implícita y sólo se revela a través del análisis reflexivo, en el último es explícita e imposible de pasar por alto” (*NAPH*, p. 50/p. 92), como señala Harris en su reseña “la percepción es la interpretación de la experiencia sensorial del mismo modo en que la historia es la interpretación de la evidencia presente”<sup>23</sup>. En el mismo ensayo Collingwood explicita por primera vez la dependencia que el conocimiento del pasado guarda con la disponibilidad de las pruebas las que, a su vez, se convierten en tal como resultado de una decisión teórica: “una acontecimiento pasado que no ha dejado rastro en su mundo perceptivo es para él [el historiador] incognoscible” (*NAPH*, p. 50/p. 92); y luego al referirse al desarrollo de las ciencias auxiliares que permiten considerar como pruebas a diversos restos al brindar los medios para interpretarlos, “[el progreso de la historia] ha creado a una gran cantidad de evidencia relacionada con cuestiones con respecto a las cuales no había ninguna evidencia” (*NAPH*, p. 52/p. 95).

Collingwood fue consciente de que el carácter activo que una postura constructivista asigna al historiador debe enfrentarse — inevitablemente según él mismo reconociera — al peligro de caer en alguna variante del escepticismo, peligro que podría resumirse en el siguiente dilema: o la historia brinda el relato verdadero de lo que realmente ocurrió y, por lo tanto, sólo un relato verdadero nos dirá lo que en realidad sucedió; o si, por el contrario, de lo que sucedió tenemos más de una narración que dé cuenta de la prueba disponible y carecemos de criterios para elegir una y sólo una de ellas, entonces es imposible fundar una ciencia de la historia cuyo objeto sea el conocimiento del pasado y las narraciones históricas son meros artificios literarios. Conviene detenerse un poco en esto. Definido de este modo, el escepticismo no afecta sólo a la historia sino a toda forma de conocimiento; el origen del dilema presentado anteriormente está, a mi entender, en el supuesto positivista según el cual sólo una teoría da cuenta verdaderamente de la realidad y si hay disponibles más de una teoría que explique el mismo conjunto de hechos, mediante experiencias cruciales podremos corroborar una de ellas y refutar las otras. No voy a comentar la posibilidad de tales experiencias cruciales, acerca de lo cual mucho se ha escrito en la filosofía de la ciencia post-

<sup>23</sup> Harris, *op.cit.*, p.206.

positivista<sup>24</sup>. En cuanto a la historia insisto sólo en un punto: de la variedad de relatos o narraciones históricas acerca de un evento pasado no se sigue que cualquier relato sea igualmente aceptable. La no existencia de una única narración (lo que no es más que un dato en cuanto se considera la práctica concreta de los historiadores) no transforma a la historia en una variante más o menos culta de la ficción literaria, más todavía, esa condición parece favorecerle ya que el debate entre relatos alternativos resulta en la apreciación cada vez más controlada de las pruebas, así como también en la exposición de los supuestos que a veces enturbian el trabajo del historiador (y que son, en general, más visibles desde otra perspectiva). Por líneas como éstas corre la estrategia de Collingwood al defender una posición constructivista que habrá de cristalizarse alrededor de su lógica de preguntas y respuestas y la teoría de la re-actualización [*re-enactment*]. En lo que sigue expondré las reflexiones de Collingwood respecto de los límites y condiciones del conocimiento histórico, es decir, sus respuestas a la pregunta ¿cómo es posible el conocimiento histórico?.

## 5. El conocimiento histórico

Hasta aquí se ha visto que la historia es definida como “la determinación del hecho individual” y que en el ensayo de 1924 el hecho histórico es el suceso pasado que se conoce a partir de la interpretación de la prueba presente, interpretación que a su vez se rige por rigurosos principios de trabajo histórico; el historiador al interpretar los datos utiliza conceptos que han tendido a agruparse en “ciencias independientes como la paleografía, la numismática, la arqueología y otras” (*H&S*, p. 31/p. 71), en *The Nature and Aims of a Philosophy of History* al hablar sobre la labor crítica que el historiador realiza sobre sus fuentes, Collingwood se refiere a las “ciencias subsidiarias de la historia; a ellas se las suele denominar, en el sentido más amplio de la expresión, métodos históricos. Como la palabra método sugiere, esas ciencias consisten en generalizaciones empíricas o reglas de procedimiento que instruyen al estudiante sobre cómo actuar en casos típicos (...) Su asunto es

<sup>24</sup> La posibilidad de que dos teorías distintas tengan igual contenido empírico (es decir, las mismas consecuencias observacionales) es el núcleo de la llamada tesis de la subdeterminación de la teoría por los datos, adjudicada a W.V. Quine: véase *Perspectives on Quine*, (R. Barret y R. Gibson (eds.), Cambridge, Blackwell, 1990).

resolver el problema de ‘cómo puede el historiador examinar sus fuentes’” (*NAPH*, p. 52/p. 94). En *The Philosophy of History* puede encontrarse la definición más precisa de esos principios de interpretación: “los datos no son suficientes. Deben ser interpretados. Esto requiere principios, y el cuerpo de principios constituye el método o técnica históricos. Algunos de estos principios son científicos en su carácter, esto es, conciernen a grupos particulares de evidencia[...] Algunos son filosóficos, esto es, se aplican universalmente a cualquier evidencia y componen la lógica del método histórico” (*PH*, p. 136/p. 186). Estas citas apuntan a mostrar que para Collingwood la interpretación no es arbitraria sino que puede ser controlada por la comunidad de historiadores, *The Limits of Historical Knowing* es una clara muestra de ello a la vez que expone la inevitabilidad del constructivismo en el conocimiento del pasado: “toda historia es el fruto de una interpretación más o menos crítica y científica de las pruebas” (*LHK*, p. 91/p. 136), “el pensar histórico no significa nada más que interpretar toda la evidencia disponible con el máximo grado de capacidad crítica. Eso no significa descubrir lo que realmente sucedió, si ‘lo que realmente sucedió’ fuera otra cosa que ‘lo que indica la evidencia’” (*LHK*, p. 99/p. 144). Así, entonces, no tiene en verdad sentido decir que un relato histórico da cuenta del “pasado real” o “el pasado mismo”, el único pasado de que disponemos es el que resulta de la interpretación de la evidencia; debe sin embargo tenerse en cuenta que Collingwood no está hablando de un pasado “ficticio” en oposición al pasado “real”, la contrapartida del pasado “real” (incognoscible, en cuanto independiente de la interpretación de la evidencia) es el pasado construido a partir de la evidencia (el único que es posible someter a control intersubjetivo): “hay una tendencia permanente en todo pensamiento — a veces llamado el realismo natural del hombre — a pensar en su objeto como una ‘cosa en sí misma’, una cosa fuera de toda relación con su conocimiento, una cosa existente en sí misma y por sí misma [...] Pero en la práctica real del pensamiento histórico, el historiador descubre que no puede dar un paso hacia el logro de este objetivo sin apelar a la evidencia; y la evidencia es algo presente, algo ahora existente, considerado como una reliquia o rastro dejado por el pasado. Si el pasado no deja rastros, nunca podría llegar a conocerse” (*LHK*, p. 99/p. 145). El constructivismo se aplica incluso a las pruebas, puede decirse que la evidencia es “creada” por el pensamiento histórico: “creada, no descubierta, porque la evidencia no es evidencia hasta que no vuelve a algo evidente” (*NAPH*, p. 52/p. 95, nota al pie)<sup>25</sup>.

<sup>25</sup> Véase van der Dussen: *History as a Science...*, p.288.

Si el conocimiento del pasado está mediado por la interpretación de las pruebas, el escéptico podría plantear dos objeciones: *i)* la interpretación de las pruebas puede no ser la correcta (*LHK*, pp. 91-92/pp. 136-137); *ii)* no disponemos de todas las pruebas relevantes, y las que poseemos no siempre son lo suficientemente claras (lo que nos reconduce a la primera dificultad, a la que Collingwood ya ha respondido con la definición del “método histórico”). Para Collingwood estos cuestionamientos no alcanzan a negar la validez del conocimiento histórico, más bien llaman la atención sobre sus límites en cuanto se le presentan al historiador durante la propia práctica de su trabajo: “cuando emprende uno el estudio de alguna cuestión histórica difícil todavía no determinada, y entra con oponentes bien adiestrados y honestos en la concordia discors de la controversia culta, hay una cosa que uno no puede dejar de observar. Esta es la existencia de lo que podría denominar reglas del juego. Una regla — la primera — reza así: ‘Nada debes afirmar, aunque sea cierto, para lo cual no puedas producir evidencia’. El juego no lo ganará el jugador que pueda reconstituir lo que realmente sucedió, sino el jugador que pueda mostrar que su idea de lo que sucedió es la única que fundamenta la prueba disponible para todos los jugadores, cuando se critica hasta sus últimos extremos”, y un poco más adelante agrega, “todo historiador realmente involucrado en tal labor reconoce de buen grado el carácter limitado de sus fuentes, y sabe muy bien que ya no cuenta entre sus facultades el aumentarlas, de la misma forma que un ajedrecista no puede inventarse un tercer alfil” (*LHK*, pp. 97-98/pp. 143-144)<sup>26</sup>.

En este ensayo quedan claras las implicaciones del compromiso constructivista, para el constructivista la expresión “pasado real” es incomprensible, el único pasado es el que se construye a partir de la evidencia: “si ‘imaginar’ es nuestro único término para la ‘aprehensión’ de un objeto inexistente, lo está imaginando, pero esto tampoco encajará porque el imaginar nada sabe de la diferencia entre verdad y error, y él hace lo que puede para evitar el error y alcanzar la verdad. Está intentando conocer el pasado; no el pasado como fue en sí mismo — por cuanto éste no sólo es inexistente sino incog-

<sup>26</sup> La objetividad descansa, entonces, en la interpretación controlada de las pruebas, así cuando en “Historical Evidence” la historia se define como conocimiento inferencial: “el historiador no está autorizado a pretender alguna parte de conocimiento, excepto donde pueda justificar su pretensión por exhibir, a sí mismo en primer lugar y luego a cualquiera que pueda y quiera seguirlo, las bases sobre las que se apoya”, *The Idea of History*, p. 252/p. 244; conf. *An Autobiography*, p. 96/p. 99.



noscible por añadidura — sino el pasado tal como aparece a partir de sus huellas en este presente” (*LHK*, p. 102/pp. 147-148). El escepticismo histórico no es, entonces, más que la aceptación del límite del conocimiento histórico: la historia sólo puede darnos este pasado construido (histórico), nunca puede ir más allá de la interpretación creativa de las pruebas, de lo que no tiene pruebas no podrá hablar; pero justamente ésta no es más que la condición de posibilidad de la historia, la historia comienza aquí, en la disponibilidad de objetos presentes que pueden tomarse como pruebas. Como dirá luego, la historia consiste en plantear preguntas sobre estos objetos presentes que nos remontan al pasado; así puede leerse en *An Autobiography*: “el historiador es una persona cuyas preguntas son acerca del pasado (...) El historiador no puede responder a las preguntas sobre el pasado a menos que tenga pruebas de éste. Su prueba, si la ‘tiene’, deberá ser algo existente aquí y ahora en este mundo presente. Si hubiese un evento pasado que no haya dejado huella alguna en el mundo presente, sería un suceso pasado para el cual no habría ahora ninguna evidencia, y nadie — ningún historiador, para no hablar de otras personas, quizá más altamente dotadas — podría saber nada de él” (*A*, p. 96/pp. 98-99). Cuando en *The Idea of History* se pregunta ¿cómo procede la historia?, responde: “la historia procede interpretando evidencia (...) algo que existe aquí y ahora, y de tal índole que, al pensar el historiador acerca de él, pueda obtener respuestas a las preguntas que plantea acerca de los sucesos pasados” (*IH*, pp. 9-10/p. 19)<sup>27</sup>.

El historiador científico adopta una actitud “baconiana”, para él ninguna prueba histórica es “dada”, ni siquiera un testimonio escrito que, a los efectos de la interpretación, es tan mudo como una vasija o cualquier otro resto no escrito<sup>28</sup>, que algo sea prueba depende de que el historiador lo considere como la respuesta a una pregunta, a la inversa, si el historiador no tiene en mente una pregunta no podrá identificar prueba alguna, puesto que “todo lo que hay en el mundo es prueba potencial para cualquier tema [...el historia-

<sup>27</sup> La lógica de preguntas y respuestas tienen implicaciones que no son consideradas aquí, en particular se ha discutido si puede ser entendida como una hermenéutica, tal como lo sugieren Mink y Gadamer (*Verdad y método*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1984, pp. 448-458). Véase también Hogan, P.: “Hermeneutics and the Logic of Question and Answer: Collingwood and Gadamer” (*Heythrop Journal*, 28, 1978, pp. 263-284). Para un análisis de sus consecuencias lógicas véase Somerville, J.: “Collingwood’s Logic of Question and Answer” (*The Monist*, 72, 1989, pp. 526-541).

<sup>28</sup> Véase van der Dussen, *History as a Science...*, p.294; y el apartado “Who Killed John Doe?” (*III*, pp. 266-268/pp. 257-259).

dor] tiene en su mente una idea preliminar y tentativa de la evidencia que podrá emplear [...] En historia, pregunta y evidencia son correlativas. *Cualquier cosa* es evidencia que te permite contestar tu pregunta —la pregunta que planteas ahora” (*IH*, p. 281/p. 270, cursivas mías). Por esto la historia que llamó de tijeras y engrudo, “scissors and paste history”, encarna un ideal inadecuado de historia científica: “en primer lugar, ignora el hecho de que el pasado histórico dejó otras huellas además del testimonio (...). En segundo lugar, el historiador ‘científico’ cuando usa el testimonio tiene una actitud bastante diferente de la del historiador de tijeras y engrudo”<sup>29</sup>.

En Collingwood el constructivismo histórico siempre está asociado a la defensa de la autonomía de la que considera “historia científica”; autonomía frente a las otras ciencias, puesto que es el historiador quien fija los criterios por los cuales juzgar los relatos históricos, criterios rigurosos que, como se ha visto, constituyen el método histórico; y también autonomía frente a las autoridades y los testimonios escritos, ya que los datos del historiador son los que resultan de su actividad interrogativa y nunca lo que le dicen los textos escritos (que constituyen el material básico de las formas precientíficas de la historia: la de tijeras y engrudo, y la historia crítica). El apartado “The Historical Imagination” (uno de los pocos textos de *The Idea of History* que fue publicado previamente, en vida de Collingwood<sup>30</sup>) es claro en este sentido pero también es interesante porque en él se define la facultad de la imaginación a priori que primeramente es “la actividad que al salvar los huecos entre lo que nuestras autoridades nos dicen, le da a la narración o descripción histórica su continuidad”, y no sólo eso, es la que “hace el trabajo entero de la construcción histórica / (it) does the entire work of historical construction/” (*IH*, p. 241/p. 234). En cuanto es una facultad a priori no es arbitraria, del mismo modo que no lo es la imaginación “perceptual”, por ejemplo, que es la que nos permite completar los datos de la percepción y hacernos así la idea del objeto, incluso de aquellas partes de él que no percibimos; similarmente, la imaginación histórica construye la imagen del pasado: “la imagen que el historiador se hace de su tema, trátese de una secuencia de acontecimientos o de un estado pasado de cosas, aparece así como una red de construcción imaginativa entre ciertos puntos fijos proporcionados por las afirmaciones de sus autoridades”, pero “los puntos supuestamente fijos, entre los cuales teje

<sup>29</sup> Coady, C.A.J., *Testimony. A Philosophical Study* (Oxford, Clarendon Press, 1992, ch. 13: “Collingwood and Historical Testimony”), p. 236.

<sup>30</sup> Oxford, Clarendon Press, 1935.

su red la imaginación histórica, no se nos dan preconfeccionados, hay que obtenerlos con el pensamiento crítico”, puesto que “en la historia, así como no hay autoridades propiamente dichas, no hay tampoco datos propiamente dichos” (*IH*, p. 243/pp. 235-236). La imaginación histórica no es la imaginación del artista, pues la narración histórica tiene que ajustarse a los requisitos ya señalados: tiene que dar cuenta de la prueba histórica disponible, esto es, de la prueba histórica aceptada como tal siguiendo los principios interpretativos del método histórico. La construcción de la imagen del pasado no es, entonces arbitraria, en la medida en que es discutida y controlada intersubjetivamente.

## 6. Conclusión

He tratado de mostrar en este trabajo que no es admisible distinguir dos etapas en el desarrollo de las ideas de Collingwood acerca de la historia, una “realista” y la otra “idealista”, y que puede encontrarse una continuidad teórica entre los primeros escritos y las obras de la madurez. He defendido una lectura constructivista unitaria de su posición. Ahora bien, para evitar malentendidos se podría plantear la siguiente sugerencia: ¿por qué no hablar de reconstrucción en lugar de construcción que parece más ligada a la invención de una ficción literaria que a la de una imagen científica del pasado?. En respuesta podría decir que a su vez la expresión “re-construcción” parece implicar la ilusión de volver a poner las partes de un todo en su posición original, pero ¿cómo juzgar la precisión de la reconstrucción respecto de esta posición original (el pasado real)?. Para Collingwood el único pasado es el que surge de la interpretación imaginativa de las pruebas, y los eventos, sucesos y personajes históricos no son más que los marcos de sentido que el historiador construye para identificar e interpretar sus pruebas.

El progreso de la historia ha resultado en mejores y más controlados métodos para considerar e interpretar las pruebas, de modo que podría decirse que los libros de historia pretenden contarnos lo que en realidad sucedió, siempre que, como el constructivista, no olvidemos que lo que en realidad sucedió no es otra cosa que lo que indican las pruebas. Conviene aclarar, además, que es anacrónico considerar que esta posición de Collingwood lo obligue a sostener alguna posición ficcionalista, tal como ella se entiende a partir de algunos teóricos narrativistas, es decir, la de reducir la historia a un mero relato que no da cuenta del pasado, sino que lo “inventa”. La imagina-

ción *a priori* de Collingwood, y en general su tesis constructivista, sólo se aplican a la constitución del pasado histórico, no a su creación. Afirmar lo contrario es olvidar los intentos reiterados por parte de Collingwood de justificar la autonomía de la historia como una forma de conocimiento legítima.

### Obras de Collingwood

- An Autobiography* (A), Londres, Oxford University Press, 1939 (trad. española: México, F.C.E., 1953, trad. J. Hernández Campos).  
*An Essay on Philosophical Method*, Oxford, Clarendon Press, 1933 (trad. española: México, U.A.M., trad. E. Uranga, 1965).  
*Essays in the Philosophy of History*, ed. W. Debbins, Austin, University of Texas Press, 1965 (trad. española: Barcelona, Barral Ed., 1970, trad. J. L. Cano)

De esta compilación he citado:

- Are History and Science Different Kinds of Knowledge?* (H&S), (1922)  
*The Nature and Aims of a Philosophy of History* (NAPH), (1924)  
*The Philosophy of History* (PH), (1930)  
*The Limits of Historical Knowledge* (LHK), (1928).  
*The Idea of History* (IH), ed. T. Knox, Oxford, Clarendon Press, 1946 (trad. española: México, F.C.E., 1982, trad. E. O'Gorman y J. Hernández Campos).  
*Religion and Philosophy* (RP), Londres, Macmillan and Co. Ltd., 1916.  
*Speculum Mentis* (SM), Oxford, Clarendon Press, 1924.